

# REPRODUCCIÓN DE CASOS PATOLÓGICOS EN ESCENA

---

Enric Giménez

La manera de reproducir los casos patológicos en escena es un punto interesante a debatir y hay que hablar de él franca y concretamente.

Estamos de acuerdo en que la moderna escuela del Teatro no puede admitir que un sujeto que está muriendo víctima de una tisis, recite versos en un tono de voz potente, declamatorio y con unos malabarismos de dicción y entonación al finalizar los párrafos, que requieran unos pulmones a prueba de bomba; que un hombre a quien han pegado un tiro a la cabeza, esté hablando media hora en la agonía. No, estas cosas ya no pueden ser; la escuela moderna que tiende siempre, a pesar de su composición artística, a dar una visión de la vida lo más aproximada a la realidad, no lo admite.

Pero tampoco puede admitirse que para corregir estos defectos, se incurra en el que hoy desgraciadamente se repite con mucha frecuencia y es que del caso patológico que las más de las veces (por no decir siempre) es un factor de segundo orden comparado con el pensamiento, símbolo, finalidad, tesis en fin de la obra, se haga un estudio de hospital, la demostración de un caso clínico, faltando muchas veces al buen gusto y a las normas estéticas y olvidando ó desvirtuando la idea del autor; en fin lo que tiene una importancia esencial en la obra y es lo que debiera dominar por completo sobre todo; esto cuando no se llega al extremo de cambiarlo para que puedan lucirse más los intérpretes.

Tal pasa en tan conocida *Muerte Civil* que las primeras eminencias europeas falsean indignamente haciendo que el protagonista se envenene con estricnina para llevar a cabo una agonía y muerte de un malabarismo macabro, antiestético, si está bien reproducida; pues si aquel hombre muere, por reventar su corazón, la entraña sentimental, por que su estado civil de ex-presidiario, creado y resultando de su crimen por amor y su condena, le priva de hija, esposa, familia, felicidad, y su endeble naturaleza humana no puede resistirlo y muere ¿dónde queda el pensamiento del autor si el protagonista se suicida, convirtiendo el resultado de una legislación social en un crimen repugnante?

Pues no, señores: yo siempre he creído y seguiré creyendo que en el Teatro lo que tiene más importancia es el alma, no el cuerpo, es el espíritu, no la materia. Si representan los *Espectros* de Ibsen y el protagonista es un degenerado medular, que el actor marque con tres ó cuatro detalles que no dejen duda su enfermedad, siempre escogiendo los que sean más justos, admitan más composición y sean menos repugnantes; y dejando un sinnúmero de detalles producidos por la enfermedad sobre la materia, que no me interesan, déjenme seguir el proceso de la tragedia de aquella pobre alma sin obscurecerlo con muecas poco menos que inútiles.

Si interpretan el coronel Swartz de la *Magda*, en lugar de hacer que el público soporte cuatro actos de monotonía apoplética, que lo indiquen con tres detalles característicos y dejen espacio para apreciar el derrumbamiento de un alma, que simboliza a la vez el de una época, el de una sociedad, el de unas creencias; pero todo esto sin barboteos de voz que no dejen apreciar con claridad los conceptos, ni cayéndole el moquillo babeando continuamente. Y para terminar, cuando reproduzcan un Juan Gabriel Borkman, muy por encima del caso cardíaco, de una miocarditis en sus últimos momentos quiero que me dejen apreciar el derrumbamiento, la descomposición de un caso psicológico de los mas grandes, de un cerebro poderosísimo, sustentador de un fin noble de los mas elevados, humanísimo y genial producto de todas las malas pasiones y muriendo por incomprendido, aplastado por la misma perversidad de esas pasiones.

A lo antes expuesto y solamente como complemento, añadiré que los casos patológicos en escena no tienen más que un valor relativo, pues lo que tiene un positivo valor es lo que conduce a ellos, o bien lo que de ellos se deriva.

Así pues es de importancia y por lo mismo le corresponde el primer término, un hecho de la vida que puede conducir a contraer la enfermedad, tal pasión que puede acarrear tal otra ó como se indica anteriormente las consecuencias que pueden producir el haber contraído tales enfermedades.

De ello se desprende que la enfermedad en sí, no es más que un producto (y por consiguiente le corresponde siempre un segundo lugar) de fatales consecuencias que conviene enseñar para ejemplo, concedido, pero nunca como estudio, pues no es este el objeto.

Además, en la inmensa mayoría de casos patológicos, el sufrimiento es de tal naturaleza que no permite una fiel reproducción y tiene que falsearse para que pueda verse sin asco.

Ahora bien, si el sufrimiento físico en si ya es antiestético y tiene que componerse para formar parte de una bella obra de arte, queda demostrada la inutilidad del prurito moderno de representar el caso patológico en escena con todo el verismo posible; primero, porque no es causa sino efecto; segundo, porque el objeto no es estudiar medicina y tercero, porque como faltaría a un principio estético no es admisible en el Teatro.

La verdad en el Teatro si no se quiere faltar al objeto primordial del mismo, no puede ser mas que una verdad relativa, en realidad, pero produciendo la sensación de una verdad completa, vivida, indiscutible, pero agradable y por consiguiente atrayente.

Así cumple el Teatro, practicado en esta forma, su misión educativa modificando, reformando sentimientos y embelleciendo manifestaciones exteriores.

Que hacerlo así es muy difícil, y los más lo practican al revés porque es más fácil? En realidad, no es fácil ni difícil; y para dar la explicación hay que volver al punto de partida: «para actuar en el Teatro, hay que ser artista» y ya está dicho todo. El que lo es, aun cuando ignore muchas cosas de lo que debe saberse, el sentimiento innato que vive en él por intuición, lo llevará a ejecutar ciertas cosas y le hará repudiar otras. Pero los que no lo son ejercen un oficio como cualquier vulgar artesano y como tales buscan su provecho, como sea, y recurren a exageraciones a materialismos mal sanos a realismos vergonzosos, a todo cuanto con facilidad relativa está al alcance de sus facultades, porque en su alma no hay nada que proteste.

Las exageraciones en todos los órdenes, y en el Teatro especialmente, no conducen á otra cosa que estragar el gusto, a perder aquella delicadeza perceptiva, indispensable para formar

seres refinados, dejandó únicamente con sus truculencias seres bastos, insensibles de cuerpo y abarraganados de espíritu: y esto es lo peor: siguiendo este camino ascendente, camino, procedimiento, moda o escuela, la degradación del gusto va aumentando de tal manera que, renegando de lo que antes les gustaba, acaban por hartarse hasta de lo soez.

Y esto tiene una importancia, no solamente porque es la muerte del sentimiento artístico en mucha gente, sino porque influye de una manera directa en la vida social; pero ni soy yo quién, ni es el objeto de este estudio tratar de este asunto.

Los discípulos deberán escoger un personaje de comedia, drama o tragedia pero que exista en él un caso patológico. Y después de estudiarlo, presentar unas sucintas notas explicativas y ejecutarlo prácticamente.